CAPÍTULO III. *Del descubrimiento que hizo Francisco Hernández de Córdova de la tierra de Yucatán y costa de esta Nueva España. De encuentros que con los indios tuvo y de su muerte*

EL AÑO DE MIL QUINIENTOS Y DIEZ Y SIETE armaron tres navíos, Francisco Hernández de Córdova y Christóbal Morante y Lope Ochoa de Caucedo para ir a buscar indios a las islas convecinas y hacer rescates como hasta entonces lo acostumbraban. Y esta jornada pasó de lo ordinario y llegó a descubrir la tierra de Yucatán, costa hasta entonces no conocida ni hallada de nuestros castellanos, donde en una punta había unas muy grandes y buenas salinas y las llamó de Las Mujeres, por haber allí torres de piedras con gradas y capillas cubiertas de madera y paja, en las cuales estaban puestos por muy artificioso orden muchos ídolos que parecían mujeres. Maravilláronse los españoles de ver edificios de piedra que hasta entonces no se habían visto por aquellas islas y que la gente se vistiese tan rica y lucidamente; porque tenían camisetas y mantas de algodón blancas y de colores, plumajes, zarcillos y joyas de oro y plata, y las mujeres cubiertas pecho y cabeza. Vieron unas canoas de gente y llamándolos por señas se llegaron y entraron treinta indios en los navíos y se admiraron de ver nuestra gente. Regaláronlos y fuéronse prometiendo de volver otro día, como lo hicieron trayendo consigo a su cacique, el cual les decía, conezcotoche (que quiere decir andad acá a mis casas), y por eso se puso aquella parte Punta de Cotoche. Salieron a tierra los de los navíos y tuvieron una refriega con los naturales de la tierra, como la cuenta Antonio de Herrera,[1] en las *Décadas* y hirieron quince castellanos, juntándose los unos con los otros hasta llegar pie con pie. Y prendieron los nuestros dos indios que después fueron cristianos y se llamó el uno Julián y el otro Melchor. Fueron de los indios muchos heridos y diez y siete muertos. Pasando más adelante hallaron ciertos indios que preguntándoles cómo se llamaba un gran pueblo allí cerca, dijeron: Tectetan, Tectetan, que es decir no te entiendo. Y pensaron los nuestros que se llamaba así y corrompiendo el vocablo lo llamaron después Yucatán (que estos yerros nacen de las cosas mal entendidas).

De Yucatán fue Francisco Hernández a Campeche, que los indios llamaban Quinpech, lugar crecido que lo nombró Lázaro (por llegar allí Domingo de Lázaro). Salió a tierra, tomó amistad con el señor y rescató mantas, plumas y caracoles engarzados en plata y oro. Diéronle perdices, gallinas, tórtolas, ánades y gallipavos, liebres, ciervos y otros animales de comer, mucho pan de maíz y frutas. Allegábanse los indios a los españoles; unos les tocaban las barbas; otros la ropa; otros tentaban las espadas y todos se andaban hechos bobos al derredor de ellos. Aquí había un torreoncillo

[1] Lib. 2. cap. 17.

de piedra cuadrado que son sus templos y estaba gradado de abajo arriba, en lo alto del cual estaba un ídolo con dos fieros animales a las hijadas como que lo comían. Y una sierpe de cuarenta y siete pies de largo, y gorda cuanto el grosor de un buey (hecha de piedra como el ídolo) que tragaba un león. Estaba todo lleno de sangre de hombres sacrificados, según usanza antigua de todas aquestas tierras.

De Campeche pasó a Champotón, pueblo grande, cuyo señor se llamaba Mochocoboc, hombre guerrero y esforzado, el cual no dejó rescatar a los españoles, ni les dio presentes, ni vitualla, como los de Campeche, ni agua, sino a trueque de sangre. Francisco Hernández, por no mostrar cobardía y por saber qué armas, ánimo y destreza tenían aquellos indios bravosos, sacó sus compañeros lo mejor armados que pudo y marineros que tomasen agua, y ordenó su escuadrón para pelear, si no se la consintiesen coger. Mochocoboc por desviarlos de la mar, que no tuviesen tan cerca la guarida, hizo señas que fuesen detrás de un collado donde la fuente estaba; temieron los nuestros de ir allá, por ver los indios pintados cargados de flechas y con semblante de combatir, y mandaron soltar la artillería de los navíos por espantarlos. Los indios se maravillaron del fuego y humo y se aturdieron algo del tronido, mas no huyeron, antes arremetieron con ánimo y denuedo y gran concierto, dando gritos, echando piedras, varas y saetas. Los nuestros movieron a paso contado, y en siendo con ellos dispararon las ballestas, arrancaron las espadas y a estocadas mataron muchos; y como no hallaban hierro, sino carne, daban la cuchillada que los hendían por medio; y lo menos, era cortarles piernas y brazos a cercén. Los indios, aunque nunca tan fieras heridas habían visto, duraron en la pelea con la presencia y ánimo de su capitán y señor, hasta que vencieron en la batalla. Y en el alcance y al embarcar mataron a flechazos cuarenta y siete españoles, y hirieron más de cincuenta y prendieron dos que después sacrificaron y de los heridos murieron cinco en los navíos. Quedó Francisco Hernández con doce flechazos, que según hay quien le condene, los pudo excusar muy fácilmente, pues no hubo acometidas adonde no quisiese ser el primero, conviniendo más en tal aprieto su gobierno que sus manos; porque el oficio del capitán no es tanto pelear, cuanto disponer las cosas de la guerra a mayor amparo y defensa de su gente; porque (como dijo el otro sabio) el que rige y gobierna un ejército, raras y muy pocas veces ha de pelear, si no es que la pura necesidad le obligue; pero ya que no tomó este consejo y se vido herido y desbaratado embarcóse a gran priesa, navegó con tristeza y fue corriendo a la costa, destruido, aunque con estas buenas nuevas de la nueva tierra descubierta.

Fueron bojeando por tierra de la Florida, donde también por buscar agua les sucedieron algunos desastres y se les quedó un soldado, que se llevaron los indios, y el piloto mayor, Antón de Alaminos, fue herido en la garganta con una flecha. De esta manera llegaron a puerto de Carenas (donde ahora es la Habana), y desde aquí escribió Francisco Hernández de Córdova al gobernador Diego Velázquez, avisándole de su navegación y descubrimiento, en el cual habían hallado gentes vestidas y grandes pobla-

ciones y edificios de cal y canto (cosa hasta entonces nunca vista) y que por las muchas heridas que traía, de que se hallaba muy fatigado, se iba por tierra a la Villa de Sancti Spiritus, adonde tenía su hacienda; y que si Dios le daba vida, en estando mejor, le iría a ver; pero dentro de diez días murió y acabó con sus prometimientos. De los soldados, murieron tres en la Habana, con los cuales fueron cincuenta y seis los muertos en esta jornada y los demás se esparcieron por la isla, y los navíos se fueron a la ciudad de Santiago.

Cuando llegaron los nuestros a aquella primera población que dejamos dicho, mientras que la gente peleaba entró Alonso González, clérigo que llevaban en la armada, en el templo y sacó unas cajuelas con unos idolillos de barro y palo, con sus pinjantes, patenas y diademas de oro y otros dijes, con que los tenían engalanados los indios, los cuales trajo al navío y los guardó para mostrarlos en Cuba y aprovecharse del oro. Cuando Diego Velázquez y todos los demás los vieron quedaron admirados, porque hasta entonces tales cosas no se habían visto; y luego corrió la fama de este descubrimiento por todas las islas engrandeciéndole y teniéndole por muy rico. Preguntaban a los dos indios, que habían traído, si había oro en su tierra. Porque la plática de aquellos tiempos, y gentes, no era otra; que casi se parecían al rey Midas, que todo su deleite era el oro y la plata y no trataba de más que de riquezas, al cual cuando el otro rey, su contrario, le prendió y vido que, por guardar su oro, no puso los medios necesarios para guardarse a sí y defenderse, le hizo guisar oro y se lo dio a comer, y estando entre tantas riquezas murió de hambre sin poderse aprovechar de ellas para sus necesidades. Lo mismo corría por aquellas islas, sino que faltó un rey que les hiciese comer el oro, porque tanto morían y guardaban a costa de los pobres, que lo sacaban y beneficiaban sin atender a más que verse metidos entre tejuelos de ello.

Los indios que veían el gusto que hacían a los españoles cuando les preguntaban si había oro en su tierra, por más engolosinarlos les respondían que sí, con que se aumentaba más el deseo de llevar adelante este descubrimiento; y la verdad es que los indios mentían porque en todo el reino de Yucatán no hay minas de ningún género. Pero no era esto lo que más animaba sino Dios, que ya comenzaba a descubrir tierras donde su santísimo nombre fuese conocido, ordenando su majestad santísima que así como en otro tiempo que sólo era conocido en Israel, como dice David, saliese su conocimiento a los del pueblo gentílico que lo ignoraba; así también corriese de este nuestro cristiano a estas gentes idólatras e infieles, como a cosa que tenían acción por ser de los que tuvieron también este prometimiento, por ser gentiles, como lo fueron nuestros pasados que recibieron esta merced aunque hasta estos últimos tiempos olvidados.